BIBLIOTECA DRAMÁTICA.



COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.



Segovia

Se venden en *Madrid*, librería de CUESTA, calle de las Carretas, núm. 9, y S. MARTIN, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

15

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

EL INDIANO Y LA PLANCHADORA.

ZARZUELA EN UN ACTO, EN VERSO,

POR

D. ANGEL MARIA SEGOVIA,

CON MÚSICA

DEL MAESTRO SCARLATTI.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
Lucia, *planchadora*.........	
D. Marmerto, *indiano*......	
Cecilio, *negro*.............	

La escena es en Madrid y en nuestros dias.

ADVERTENCIAS.

Para la música, dirigirse á D. Francisco Sedó, *calle de Jesus y María, núm.* 4, *piso cuarto, Madrid*; quien se encargará de remitirla, mediante el pago adelantado; puede proporcionar partituras de canto y piano para los *Cafés-cantantes*, y partes de orquesta para aquellas empresas que lo soliciten. Expresad con claridad lo que se desea, á fin de avisar el coste que tiene la música.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de Lucía, humildemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

LUCIA, *Acabando de planchar una camisa.*

MÚSICA.

Toda la vida
de planchadora,
bien conocida
soy en Madrid;
mas ya me creo
rica señora,
si el habanero
prosigue así.
De planchadora
pronto saldré,
si el habanero
se explica bien;
si no se explica,
ay qué dolor!
que ya la plancha
me dá calor.

HABLADO.

Señores, es la verdad;
y yo la conozco ahora,
no salir de planchadora
es una fatalidad
para quien nació señora.
Me debo yo resignar
á estarme aquí calentando,
con tanto y tanto planchar,
y al fin morir estirando
lo que otras han de arrugar?
Si estas camisas que estiro
fueran de un pollo que miro,

que me está haciendo tilin,
pero cá! vé que suspiro
y no viene con buen fin.
Yo no sé, por vida mia,
cuando me habló el otro dia,
qué fue lo que me pidió;
cosa buena no seria
cuando le dije que no...
Y eso que si hay generosas,
entre mujeres hermosas,
soy generosa mujer;
pero en fin, hay ciertas cosas
que no se pueden ceder.
Cosa que vive escondida
como tesoro robado,
no la enseñaré en mi vida,
si he de vivir yo aburrida
que muera el otro abrasado.

ESCENA II.

LUCÍA *y* CECILIO.

MÚSICA.

CEC. Niña Lucía
tenga buen dia;
yo respetuoso
beso sus pies.
Mi amo me ha dado
con expresiones,
estos botones
pa su merced.

LUC. Botones de camisa?
(Que ruin es el señor!)
Dile que no hacen falta
que tengo muchos yo.

CEC. Este encargo me ha dado.

LUC. Que no le admito yo.

CEC. Niña Lucía, tome.

LUC. He dicho yo que no.
Di á tu amo, que este encargo
es una necedad;
y con ella demuestra
miseria y ruindad.
Botones de camisa!
Debe ser hombre ruin!
Dile que de esta clase

millones tengo aquí.
CEC. Le diré que el encargo
no agrada á su mercé;
que con botones de estos
no vuelva aquí otra vez.
Le diré de buen modo
que hay botones aquí,
porque si se incomoda
me va á zurrar á mí.

HABLADO.

LUC. Conque nada, ya lo sabes.
CEC. Ña Lucia, no me atrevo;
si le vuelvo los botones
lo va á tomar á desprecio.
LUC. Toma! Y á tí, qué te importa?
Vaya! Pues me gusta el negro!
CEC. Ay! si me importa, niñita;
mi señor tiene mal genio,
y el mal humor que tiene él
siempre lo paga mi cuerpo.
LUC. Te pega?
CEC. Con un zurriago
que compró allá para eso;
me hace unos cardenales
que me pone verde el cuerpo.
LUC. Pues entonces, nada digas
de los botones, que luego,
si viene, yo le hablaré,
que á mí no me mete miedo.
CEC. Ña Lucía, su zurriago
á nadie tiene respeto,
como se estira, se dobla,
sin que se rompa por eso;
pero cuando le incomodan,
sea blanco ó sea negro,
si en agujero se esconde
tras él se cuela derecho,
y urga allí, hasta que se cansa
de martirizarle el cuerpo,
y hasta que se dobla, está
pegando á diestro y siniestro.
El zuriago de mi amo
es como un huron de fiero,
que aunque la caza se esconda
en cualesquiera agujero,
entra, y urga que te urga,

está un año revolviendo,
hasta morir en la lucha,
ó hasta sacar el conejo.

Luc. Mira, mira, ya te he dicho
que á mí no me mete miedo.

Cec. Pero el zurriago me espera,
si el recado que le llevo
no le gusta.

Luc. Y á mí, qué
diablos me cuentas con eso?

Cec. Su mercé no se incomode,
ña Lucía.

Luc. No por cierto;
incomodar!...

Cec. Que yo soy,
ña Lucia, un pobre negro,
y tengo siempre á los blancos
todo el respeto que debo;
si su mercé se incomoda
y lo sabe *ño* Mamerto,
me vá á pegar.

Luc. Qué demonio!
No le tienes poco miedo!

Cec. Es que sientan mal los palos
en un cuerpo ya tan viejo
como el mio, y aunque está
muy acostumbrado á ellos,
me duele un trompazo ahora,
mas que cuando jóven ciento.

Luc. Cuántos años tienes?

Cec. Hice
sesenta y cinco este invierno.

Luc. En qué mes?

Cec. Yo no lo sé;
y ni aun esto sé de cierto;
digo que sesenta y cinco,
sobre poco mas ó menos,
porque hace ahora cuatro años,
cuando á mi amo me vendieron,
le dijeron que tenia
cincuenta y seis poco menos,
mas como cuando nos venden
nos quitan, por su provecho,
algunos años, calculo
que cuatro ó seis se comieron.

Luc. Ya serás libre.

Cec. Yo soy

esclavo de ño Mamerto,
él me ha comprado.

Luc. En España
no está permitido eso.

Cec. Cuando venia en el barco
me lo dijo un marinero;
pero mi amo lo supo,
y me pegó sin consuelo
porque lo creí.

Luc. ¡Qué bárbaro!
Pues no está el hombre soberbio!
Es decir, que es tan tirano
que manda en tu pensamiento?
Pues aunque traiga mas miles
que vale Madrid entero,
no será Lucía esposa
de un déspota tan soberbio;
anda, que vaya á tratar
con la reina del infierno,
que yo soy dueña de mí,
y reina de cien polluelos.
Vaya! si con él me caso,
me va á tratar como á un negro,
y quiero mas libertad
con esta plancha que tengo,
que esclavitud con carruages;
la libertad, es mi aliento.
¡Que viva la libertad!

Cec. Cabal, que ¡vivan los negros!

Luc. Devuélvele los botones;
dile que vaya al infierno.

Cec. Ña Lucía, no querrá,
y si lo toma á desprecio,
me vá á pegar; ña Lucía
no se ponga de mal genio
su merced, por caridad;
defiéndame, que soy viejo,
y V. podrá libertarme
de las cadenas que tengo;
perdonéme ña Lucía
que yo soy un pobre negro.

Luc. Pero hombre, ¿qué quieres que haga?

Cec. Que mire bien los obsequios
de mi amo; que su merced
le mire con ojos buenos,
y despues que su merced. . . .

Luc. Ah! vamos, ya te comprendo;

pues bueno, dile que gracias.
CEC. Dijo que iba á venir luego.
¡Ay Dios! con esta respuesta
se va á poner muy contento;
voy ahoritica á llevarla;
ña Lucía, lo agradezco,
que Dios premie á su mercé
cuando de aquí vaya al cielo;
que Dios es solo el que premia
á los liberales buenos;
que rompa Dios las cadenas
que nos tienen tan sujetos. (*vase.*)

ESCENA III.

LUCIA.

Pobre negro! Me dá lástima
verle esclavo, y ya tan viejo;
sin duda que es un tirano
ese señor Don Mamerto.
Conmigo, no lo parece,
ya se vé, yo no soy negro,
y segun parece, es bruto
ese tal niño Mamerto,
mas que un mozo de café;
y señores, los hay... buenos.

ESCENA IV.

LUCIA *y* MAMERTO.

MÚSICA.

MAM. Buenos dias, Lucía.
LUC. Don Mamerto, adios.
MAM. ¿Ha venido mi negro?
LUC. Ahora se marchó.
MAM. ¿Habrá V. recibido
los botoncitos ya?
LUC. Botones de camisa
de buena calidad.
MAM. Regalo es, Lucía,
de muy poco valor.
LUC. Mil gracias, Don Mamerto,
por tan fina atencion.
MAM. Lucía hermosa,
mi luz, mi bien,
mejores cosas

te enviaré.
Eso es un poco,
mereces mas,
pero primero
vamos á hablar.

LUC. (El tal Mamerto
que feo es;
que miserable
debe de ser!)
Bien, Don Mamerto,
puede V. hablar,
con mil amores
escucho ya. (*A duo.*)

HABLADO.

MAM. Pues si, querida Lucía,
yo tuve tienda de géneros
en la Habana, hace ya
diez y seis años lo menos,
y allí vendia botones
para camisa, gemelos,
etcetera, y asi es
que comprendo si son buenos....

LUC. Pues yo no he tenido tienda;
pero comprendí al momento,
que son botones muy finos.

MAM. Si lo son; lo sé de cierto.

LUC. La docena habrá costado
á cinco cuartos, lo menos.

MAM. No; á dos cuartos.

LUC. ¡Caramba!
V. malgasta el dinero;
vamos á ver, ¿para qué
se ha molestado usté en eso?
Si yo tengo aquí botones
para cien camisas!

MAM. Bueno;
pero V. plancha las mias,
y aunque tiene encargo el negro
de ver cuando me las quito
si algun boton falta, temo
que se descuide una vez
y venga un boton de menos;
en cuyo caso, usté gasta.....

LUC. Vaya, señor Don Mamerto,
que mas pobre no seré
por dos botones.

MAM. Comprendo;
pero mire usté, hoy dos,
y mañana otro par de ellos,
hacen al cabo del año....
LUC. Mire V., no hablemos de eso;
ya me dá usté seis docenas
por los que ponga y he puesto.
Si no habla V. mas, me voy;
tengo que avivar el fuego
para la plancha. (Me carga
este miserable feo!)
MAM. (¡Un hombre de mi calaña
ha de sufrir tal desprecio?)
LUC. Conque, ¿qué decia V?
MAM. Pues digo... (Disimulemos.)
Que usté vive en la guardilla.
LUC. Lo sé, y usté en el tercero.
MAM. V. es una planchadora....
LUC. Tambien lo sé, Don Mamerto.
MAM. Pobre, y no es por agraviarla.
LUC. Tambien lo sé ya hace tiempo.
MAM. Yo soy un hombre....
LUC. (Lo dudo;
es mas bien un mono feo!)
MAM. ¿Lo sabe usté eso tambien?
LUC. Eso, no lo sé de cierto.
MAM. Pues eso, señora mia,
pronto puede V. saberlo,
si dá credito á la historia
de mi vida, y que al momento
voy á referir á usté;
con permiso. (*Se sienta.*)
LUC. Don Mamerto,
usté le tiene.
MAM. Pues oiga,
y guarde el mayor secreto.
LUC. Puede usté hablar sin cuidado,
que yo soy... (un pregonero.)
MAM. Hace treinta y ocho años yo tenia
doce cumplidos ya, dia por dia.
LUC. Lo cual dá á comprender, que son cincuenta
los que tiene V. hoy
MAM Justa la cuenta.
¡La ha sacado V. luego!
LUC. Es V. andaluz?
MAM. No, soy gallego,
Mas permítame V. seguir la historia,

que si no, se me irá de la memoria.
Yo era así... chiquitin;
como por allá dicen, rapacin;
mi padre era de oficio segador;
hija mi madre fué de un pescador,
ambos enamorados se miraron,
y á los dos ó tres meses se casaron.
Al año nací yo, y una señora
cuyo nombre se ignora,
al mirar á mi madre tan rolliza
á Madrid se la trajo de nodriza;
dejóme á mí en poder
de una buena mujer,
de rostro feo y genio de escabeche,
pero la cual tenia mucha leche,
dos chiquillos á un tiempo amamantaba,
y el que menos de gordo reventaba.

LUC. Puede suprimir tales pormenores;
yendo á otras cosas, si las hay, mayores.

MAM. Si las hay.

LUC. Pues pasemos adelante;
ya supongo que V. mamó bastante.

MAM. No parece prudente
saltar así doce años de repente,
mas si doy á V. gusto
lo considero justo.
Contaré pues mi historia,
así segun lo dicte mi memoria,
sin orden ni concierto.

LUC. Como digna de usté, buen don Mamerto;
lo que hace falta es que cuente aprisa,
que me espera impaciente una camisa.

MAM. La corta edad de once años no contaba;
diré para abreviar, que ya me hallaba
huérfano, y sin parientes,
que dieran á mis dientes
la borona ó el pan de cada dia,
cuando por suerte mia
me hallé con un señor americano,
una persona fina y...

LUC. Bien, al grano.

MAM. A su servicio entré,
y al año ya en la Habana me encontré;
era aquel generoso caballero,
un muy rico tendero;
yo era entonces pequeño como un sapo,
pero, si viera V..! vamos, muy guapo;

en su tienda me puso para hacer
las veces de mujer;
esto es, fregar, barrer, ir á recados,
y trabajos, en fin, muy descansados;
cuatro años llevé así,
y entonces ascendí
á dependiente ya de mostrador;
puesto casi de honor,
y en donde ya empezaba á alzar el gallo
á un chico que tenía por vasallo,
el cual me sucedió en el mes de Enero,
tomando posesion del fregadero.
Apenas fuí ascendido á dependiente,
por persona decente
pasaba, mientras géneros vendía,
y así pasando el tiempo, llegó un dia,
al cabo de doce años,
en que subí de un golpe diez peldaños
de la escalera de mi gran fortuna.
Es el caso, que una
enfermedad que mi amo padecia,
cuando mas sano y ágil se creia,
súbito con la muerte se encontró,
que de este mundo al otro le llevó!

Luc. Oh! con que poesía, Don Mamerto,
ha dicho V. que su amo está ya muerto!

Mam. Si, murió; y se portó cual caballero,
pues me dejó por único heredero,
para que V. me entienda,
de catorce mil pesos y la tienda,

Luc. Esto es; debe V. hoy el ser feliz
á haber sido cuatro años *fregatriz*?

Mam. Montañeses, gallegos y asturianos
que á su regreso aquí llaman indianos,
por mas que de rey tono se van dando,
sus verdores pasaron fregoteando.

Luc. Conque la historia es esta? No otra cosa
tiene V. que añadir? Pues es bien sosa!

Mam. Con mi historia probar á usté he querido
que hombre soy, y por hombre me he tenido;
que soy todo un completo caballero,
pues me sobran esclavos y dinero;
y al gustarme usté á mí,
y mi mano ofrecerla amante aquí,
mis millones trayendo á usté derechos
debe darse con un canto en los pechos,
y aceptar del indiano,

sino la fina, la dorada mano.
Luc. Yo, que nací señora,
aunque ahora me vé de planchadora,
tengo simpre presentes
los consejos prudentes
que me daba papá, militar bravo,
que solo de su honor fué siempre esclavo;
fué coronel sargento;
gefe del regimiento
mas bravo, mas valiente, honrado y fiel,
que contaba en sus huestes Isabel;
de un balazo murió,
y mí mamá del susto le siguió;
huérfana me quedé en el ancho mundo,
sola y sumida en un dolor profundo!
Luego que así me ví,
al punto, y con tristeza resolví
ponerme, por calmar tantos dolores,
á planchar ropa blanca de señores;
donde ya sabe V., buen Don Mamerto,
que vivo honrada y pobre.
Mam. Es muy cierto,
y por eso yo digo....
Luc. Déjeme concluir, querido amigo;
quiero, no las delicias,
de ver millones, no, sino caricias
de un hombre que me quiera, y que amoroso
sea pronto mi esposo.
Mam. Pues yo...
Luc. No, Don Mamerto; que V. tiene
un genio que.... en verdad, no me conviene,
Mam. ¡Oh rabia! De estas trazas
se le dán á un indiano calabazas?
(Si el negro habrá influido, yo estoy loco!)
Luc. (Si es de ley, volverá; que pene un poco!)
Mam. ¿Conque sale usté ahora
dándome calabazas? Pues señora,
sepa que Don Mamerto Lopez Recios
no sufre, no, jamás, tales desprecios;
que será su venganza aterradora.
Usted lo pase bien, buena señora.
Luc. (El volverá!) ¿Se vá V. ya? Me alegro.
Mam. A dar una paliza al perro negro.
Usted me ha puesto atroz,
furioso, incomodado; en fin, feroz;
y pues á usted no llega mi venganza,
la llevo á donde alcanza,

Hacer pedazos voy todas las sillas;
que prepare mi negro las costillas. (*vase*).

LUC. Usted lo pase bien, señor indiano.
El volverá, si quiere, por mi mano.

ESCENA V.

LUCIA, *luego* CECILIO.

LUC ¡Calle! ¡oh felicidad!
Ya viene por aquí el negro;
sube por la otra escalera;
eso le vale, y contento
viene al parecer.

CEC. Niñita,
ya estoy aquí, mas contento
que no sé qué.

LUC. Pues ¿qué pasa?

CEC. Que mi amo ño Mamerto,
como quiere á su mercé
con tanto desasosiego,
y dije que su mercé
le queria ¡ah! se ha puesto
mas alegre...

LUC. Pero dí,
¿por qué le digistes eso?

CEC. Para que con la noticia
se pusiera de buen genio;
porque sino, á puros palos
me hubiera molido el cuerpo;
y él bailaba, y me miraba
con unos ojos mas buenos....
¡ay ña Lucia, yo estoy
medio loco de contento!

LUC. ¿Qué bailaba?

CEC. Si, niñita,
bailaba, y cantaba esto;
«A mi me gusta el amor
y la buena chirimoya
la guanabana crioya
y el zapote y el melon;
el suáve marañon
y el sabroso mamoncillo,
si á usté le gusta amarillo
se lo sonaran pinton.
Amarillo
suénamelo, pinton.

LUC. Pues negro, ¿como te llamas?

CEC. Cecilio.
LUC. ¿De qué?
CEC. Cienfuegos;
este era el apellido
que tuvo mi amo primero,
y estos apellidos, son
los que ponen á los negros.
LUC. Los del primer amo?
CEC. Si.
LUC. Conque tu amo tan contento
quedó?
CEC. Si, niña Lucía,
LUC. Pues líbrate de un encuentro
con él, porque se ha marchado
furioso el tal Don Mamerto.
CEC. ¡Ña Lucía! ¿Qué me dice?
LUC. Nada, lo que estás oyendo;
librate de él, ó procura
forrar tu cuerpo de hierro.
CEC. ¡Ña Lucía!...
LUC. ¡Ay mis planchas!
Voy á ponerlas al fuego. (*vase.*)

ESCENA VI.

CECILIO.

CEC. ¡Ña Lucía! Ay! Santo Dios!
Será lo que dice cierto?
¡Ay de mí! Si es que furioso
se encuentra niño Mamerto,
ay! yo me voy á esconder;
gran Dios, ampara mi cuerpo.
(*Vá hácia el foro y se encuentra con Don Mamerto que entra.*)

ESCENA VII.

CECILIO, DON MAMERTO.

MAM. Ven acá, negro infernal!
Ladron, cimarron, pendejo.
CEC. Ño Mamerto, compasion!
MAM. Nunca la tendré de tí.
Lucía me hizo desprecio
por tí, porque no la has dicho
lo mucho que yo la quiero.
¿De qué me sirves tú á mí?.
CEC. Su mercé cambie de genio,

que yo no tengo la culpa,
que yo la culpa no tengo.
MAM. Calla, no grites, chiton,
que mueres hoy.
CEC. (*en ademan de súplica.*) ¡Ño Mamerto!...
MAM. Anda á casa, que hoy á palos
te voy á moler el cuerpo;
te he de atar á un poste, y leña
hasta no dejarte un hueso.
CEC. ¡Como en la Habana!
MAM. Lo mismo.
CEC. Pues... no voy, niño Mamerto.
MAM. ¡Cómo! (*Admirado y furioso.*)
CEC. ¡Ay perdon! Su mercé,
mi amo...
MAM. ¡Qué oigo! Qué veo!
¿Desobedeces? A escape;
hoy te mato sin remedio;
anda pronto, ó á esta casa
voy á perder el respeto;
¿qué haces?....
CEC. Pero señor,
mi amo, si aun me acuerdo
de la última paliza
que me dejó medio muerto!
MAM. Pues hoy morirás del todo.
CEC. Ay! caridad, ño Mamerto.
MAM. Vamos, ó descargo aquí
mi cólera.
CEC. No me atrevo;
no vé su mercé, señor...
No vé que yo soy muy viejo, (*llorando.*)
y no puedo resistir
los golpes, señor, tan fieros
que dá su mercé!
MAM. ¡Oh rayos!
Que ya la paciencia pierdo;
anda, que voy á matarte.
CEC. Señó....
MAM. ¿No vas? (*amenazándole.*)
CEC. (*Con humildad y ternura.*) No me atrevo.
MAM. (Si Lucía no lo oyese....
(*mirando á ver si está cerca.*)
CEC. (Si me pega, me sublevo,
aunque me maten!)
MAM. A casa,
vamos....

CEC. No voy, ño Mamerto.
MAM. Rayos de Dios! Tal infamia,
tal desacato, ¡ah perro!
(le dá de palos.)
CEC. Señó... señó... su mercé
no vé que yo soy mu viejo!
(con ira reconcentrada) ¡ay, ay! señó, basta ya.
MAM. A casa en este momento.
CEC. Señó, tantos golpes ya
no puede sufrir mi cuerpo;
señó, no apriete la cuerda.
MAM. Qué quieres decir con eso?
CEC. Señó... se acabó, hablaré,
y mi amo máteme luego.
MAM. A casa.
CEC. No vuelvo mas;
y sepa ya, ño Mamerto,
que tanto me hizo apurar
la copa del sufrimiento,
que cansado de vivir
la muerte encontrar deseo.
En España hay libertad;
aquí no se compran negros;
los españoles no sufren
la esclavitud ni los hierros;
son libres, por natural;
cadenas no sufren ellos;
son valientes, generosos,
son entusiastas guerreros,
y antes que sufrir cadenas
cual viles esclavos negros,
saben cien veces morir
por la libertad del pueblo.
Yo no lo soy, por desgracia;
soy un desgraciado negro;
pero apenas he aspirado
el aire que aspira el pueblo
español, se han despertado
ideas, aquí en mi pecho,
de libertad, de honradez,
de entusiasmo, y solo quiero
la libertad ó la muerte!
¡Libertad! ¡Mueran los hierros!
MAM. Conque libertad? Pues toma, *(le pega.)*
toma la libertad, negro,
que yo soy del otro bando
blanco, y absoluto dueño

2

de tu vida, y el que quiera
libertad, que vaya al cielo.

CEC. Señor... su mercé español?
Es mentira, no lo creo;
en España no hay tiranos,
aquí no se venden negros!

MAM. Ea, basta de sufrir:
ya he perdido por completo
la paciencia, y toma, toma,
muere.

CEC. Ay! ¡ay!

MAM. Muere, perro!

CEC. Señó, ay triste de mí
y revelarme no puedo!
Gran Dios, pues qué, ¿no soy hombre,
lo mismo que ño Mamerto?

MÚSICA.

MAM. Eres mi esclavo,
tu dueño soy.

CEC. Perdon, mi amo,
por compasion!

MAM. Veinte y dos onzas
dí yo por tí,
y te sublevas
hoy contra mí?

CEC. Estoy en España,
y pues que la dán,
tan solo deseo
mi libertad.

MAM. Toma, pendejo, (*le dá de palos.*)
toma, haragan;
toma, rebelde,
la libertad!

CEC. Perdon, mi amo,
por compasion;
ya estoy callado,
perdon, perdon! (*duo.*)

MAM. Mientras á mi lado estés
igual me debes tratar
que si en la Habana estuvieras,
ó te tengo de matar.

CEC. Nunca señor volveré
á pedir mi libertad,
y aunque en España esté siempre
por esclavo me tendrá.

HABLADO.

ESCENA VIII.

Dichos *y* Lucía.

Luc. Pero, ¿qué alboroto es este?
Dígame usté, Don Mamerto,
con qué permiso en presidio
convierte usté mi aposento?
Cec. Ña Lucía.. ¡caridad!
Ampare á este pobre viejo,
que ese hombre me mata.
(*Se arrodilla á los pies de Lucía.*)
Mam. Fuera,
fuera de aquí en el momento
Luc. ¡Pero tan cruel es usted
con este inocente negro!
No le inspira compasion
siquiera el verle tan viejo,
que le pega y le maltrata?
Mam. Mio es, y puedo hacerlo;
si le mato habré perdido
la cantidad de trescientos
y sesenta y cuatro pesos
que dí por él; á fé mia,
que me dieron un gran perro!
¡Veinte y dos onzas cabales!
Bien pude por ese precio
comprar un caballo hermoso
que me estaban ofreciendo.
(*Amenazando al negro que le mira con ojos de compasion.*)
¡Ah! cimarron, ¡no me mires!
Luc. Vaya, vaya, Don Mamerto,
sea usté mas amable!
Mam. Lucía,
cómo me dice usted eso,
cuando ha poco ha despreciado
mi mano, que aun la ofrezco?
Luc. Despacio, y hablemos claros.
Cec. ¿Me retiro, ño Mamerto?
Luc. Ahí en ese cuarto espera.
Cec. (Por qué, señó, nací negro?) *vase.*)

ESCENA IX.

Lucia, Don Mamerto.

Mam. Lucía, perdóneme

si he faltado á usté al respeto,
atreviéndome á pegar
en casa de usted al negro.

LUC. Bien, hablemos de otra cosa.

MAM. Lucía, yo tengo un genio
fuerte por naturaleza,
y muy pocas veces puedo
dominarme; lo demás
soy en el fondo muy bueno,
franco sí, como el que más,
y como el que más espléndido.

LUC. (*con ironía*) Si señor, sí; ya lo he visto!

MAM. Pues bien, yo solo deseo
que usted corresponda fiel
al amor que yo la tengo,
si es que V. me cree digno...

LUC. ¡Digno! Siempre, Don Mamerto;
solo que... pasa una cosa...

MAM. ¿Hay algun impedimento?

LUC. Para algunos, tal vez sí,
para otros, yo no creo
que lo sea.

MAM. Hable V.,
que ya deseo saberlo.

LUC. Pues... es el caso que yo...
ya comprende V.

MAM. No entiendo.

LUC. Yo soy pobre!

MAM. Eso no es nada;
yo soy un segundo Creso.

LUC. Huérfana.

MAM. Eso no me importa;
porque yo tambien soy huérfano.

LUC. Planchadora.

MAM. Y yo vago
de profesion, porque puedo;
y en casándonos los dos
un par de vagos seremos.

LUC. Hay otra cosa mas grave.

MAM. Dígala usted.

LUC. No me atrevo.

MAM ¿Es tan grave?

LUC. Para algunos,
pero para otros....

MAM. Bueno,
pues diga usted.

LUC. Hace un año....

MAM. Adelante, sin rodeos.
LUC. Tuve un novio.
MAM. Bien, ¿y qué?
LUC. Y era un chico muy travieso.
MAM. Ya, es decir, que... (Demonio!
Esto varía de aspecto!)
LUC. Esto, en fin, no vale nada.
MAM. Casi nada; un pasatiempo
cualquiera le tiene!
LUC. Pues,
pero....
MAM. ¿Algun otro pero?
(¿Qué apostamos á que sale....)
LUC. Pero, por fortuna, nada
resultó de aquel tropiezo.
MAM. Apenas nada! (*con ironía.*)
LUC. Conque,
he dicho á usted un secreto
que nadie lo sabe.
MAM. No?
LUC. No, porque el otro ya ha muerto!
MAM. Oh placer! Murió?
LUC. Murió...
de un cólico de conejo.
MAM. Bien, eso no vale nada;
á mas, ya pasó aquel tiempo;
yo no soy escrupuloso,
y... en fin, nos casaremos.
LUC. Sí? Con mucho gusto mio,
pero...
MAM. Cómo! Aun mas peros!
LUC. No quiero á mi lado esclavos
como el desgraciado negro.
MAM. Yo siempre lo seré tuyo;
pero el negro...
LUC. Pues, sin eso
no admito.
MAM. Haré otra cosa,
pues no le quieres; le vendo...
LUC. No; ha de ser libertado
para siempre.
MAM. Pues perdemos
veinte y dos onzas!
LUC. No importa;
voy á llamarle al momento.
MAM. Es que...
LUC. (*llamando.*) Cecilio, Cecilio!

MAM. Eso es perder el dinero
de una manera...

ESCENA X.

Dichos y CECILIO.

CEC. Niñita,
mande su mercé. (Qué es esto?)
LUC. Que tu amo...
MAM. (*agitado.*) No, no, no,
LUC. Te deja libre...
MAM. (*estorbando.*) Silencio! (*pausa breve.*)
(*Movimiento de alegría en el negro.*)

MÚSICA.

LUC. Ya he dicho, Don Mamerto,
mi esposo usted será,
pero dando á Cecilio
completa libertad!
Que vaya á la Habana,
si quiere volver,
que libre, y no esclavo,
le quiero yo ver,
MAM. Mi hermosa Lucía,
qué no haré ya por tí!
Ya sabes que te adoro,
que tú mandas en mí.
LUC. Que se vaya á su tierra si quiere,
á sus anchas, y libre gozar,
pobre negro, cortar las cadenas
que le privan de la libertad.
MAM. Adelante, Lucía del alma,
eres dueña de mi voluntad;
ven mi negro, rompo las cadenas
que te privan de la libertad.
CEC. Ay niñitos de mi alma y mi vida!
A su lado siempre me tendrán,
alegría y placer respirando,
libertad, libertad, libertad!

FIN.

Examinada esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con la supresion hecha (se hizo). Madrid 24 de Agosto de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

